

Diego de Guanajuato

ARMANDO OLIVARES CARRILLO



Prohibida su venta
Prohibida su venta
Prohibida su venta

DIEGO DE GUANAJUATO

ARTISTAS DE GUANAJUATO

© D.R. Ediciones La Rana

Cubierta: *Retrato de Diego Rivera* (detalle), Leopoldo Gottlieb; óleo sobre tela, s. f., 146 cm × 125 cm,
Colección Marte R. Gómez, Museo Casa Diego Rivera / INBA.

Ilustraciones de interiores: José Chávez Morado.

Diseño de cubiertas: E. Tonatiuh Mendoza E.

DIEGO DE GUANAJUATO

ARMANDO OLIVARES CARRILLO



EDICIONES LA RANA

D.R. ©  EDICIONES LA RANA

Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato

Paseo de la Presa No. 89-B

36000 Guanajuato, Gto.

Primera edición en la colección *Artistas de Guanajuato*, 2003,
con base en la edición del Consejo Editorial del Gobierno del Estado
de Guanajuato (Biblioteca de Autores Guanajuatenses, Serie Ensayo), 1986.

Impreso en México

Printed in Mexico

ISBN 970-724-000-8



SOBRE EL AUTOR

Armando Olivares Carrillo nació en la ciudad de Guanajuato en 1910. Se destacó en los campos del Derecho y la Filosofía. Fue fundador, rector y catedrático de la Universidad de Guanajuato; ocupó varios puestos en la administración pública y la judicatura, destacándose como juez de distrito por once años; participó en la actividad política de su estado, en cuyo desempeño sobresale la de diputado al Congreso, descollando en este ejercicio como orador y polemista. Entre sus obras se distinguen: *Sinopsis filosófica*, estudio sobre la historia de las ideas; *La piedra y el papel*, ensayo sobre las artes populares de México; *Alabanza de Mexico*, monografías sobre muralistas y pintores del país; *Ejemplario de muertes* (colección Los Presentes), narraciones y sucesos; *La seca*, obra de teatro, y *El Greco*, ensayo pictórico. Colaboró en

numerosas revistas y periódicos, impulsó la cultura y el desarrollo académico y dictó numerosas conferencias. Falleció en el año de 1962.

De las toneladas de tinta
que se han gastado en mi favor
o en mi contra, es ésta la primera vez
en que con claridad se piensa
y expresa lo que yo realmente soy:
un guanajuatense.

DIEGO RIVERA

Diego. Lo llamaremos llanamente Diego, porque con una sola voz se designa a los grandes en la historia del arte universal. Los setenta le ponen debajo de los párpados gruesos un matiz escondido de cansancio, pero sin mengua exhibe su sonrisa cargada de intenciones y a la boca le asoma, como una lagartija de esmeralda, la constante presencia de una *boutade* vivaz y fabulosa. La masa nada sabe de los setenta ya cumplidos de Diego; la masa que al caso no está atenta, porque Diego nunca fue popular, a pesar de ser el más nacional de los pintores, como hace más de veinte años lo dijera nuestro común amigo el doctor Samuel Ramos. Diego no es popular, porque no siendo sus antecedentes ni la pintura virreinal eclesiástica, de segunda importancia, ni la pintura académica ñoñamente copista de San Carlos, Diego surgió

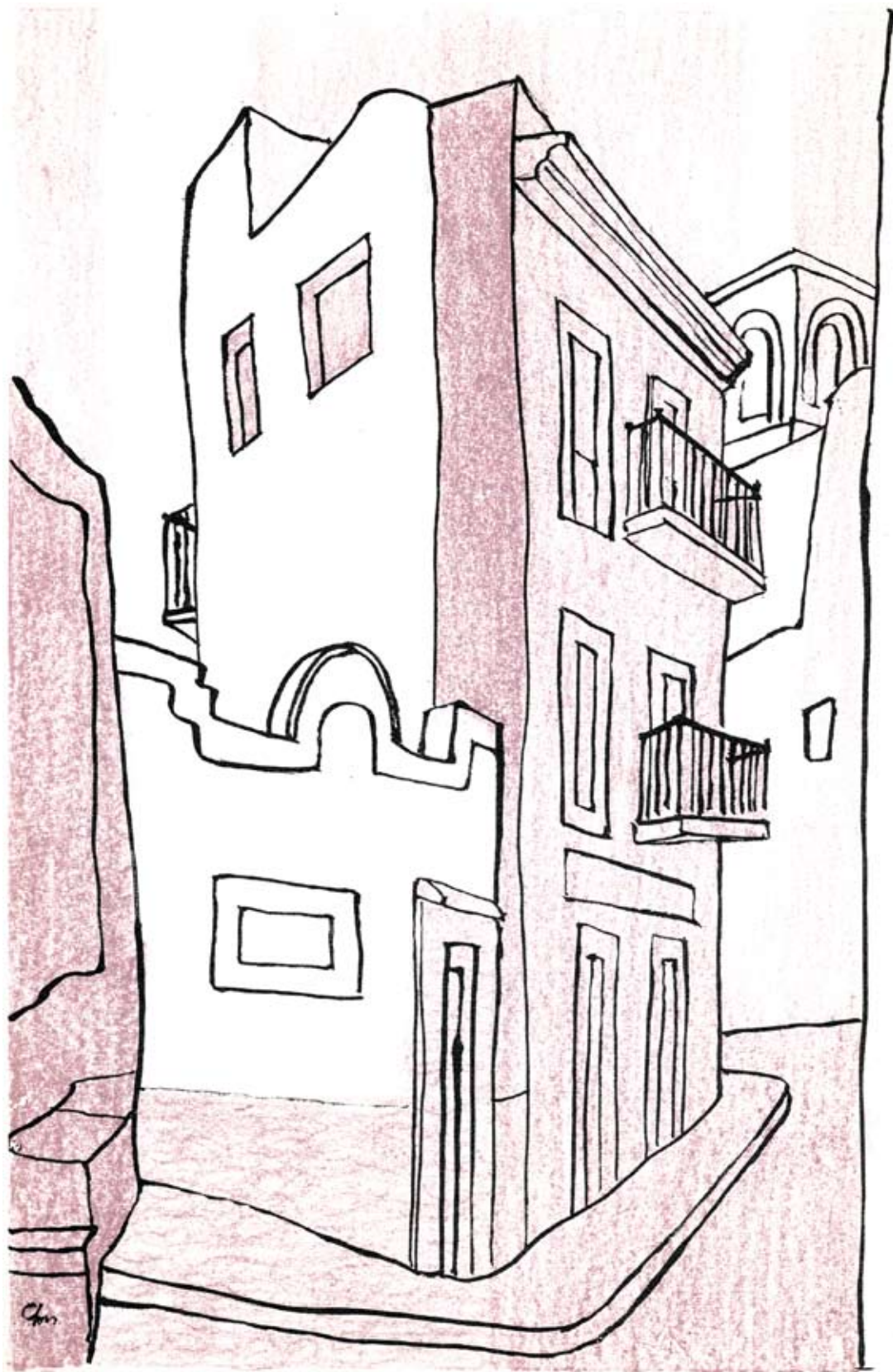
rompiendo la medida habitual, la estimación estética para el uso del pequeño burgués, aparte de que su incisiva postura de combate lastimó siempre al enclaustrado en los credos corrientes. Ciertas gentes jamás entenderán su retrato de México, en el que se ha dicho que son héroes los campesinos, obreros y soldados, y demonios los burgueses, militares y clérigos, porque esto es revertir la fórmula aprendida en que el arcángel es bellamente rubio y el diablo derribado es pobre diablo color de piel de azteca.

Los atentos sí lo conocen todo: su infantil libertad en la montaña, la influencia de Velasco y de Posada, el estremecimiento ante Cézanne, la fundación del fresco al reencontrar a México, la crítica en Detroit. Que limpió del viejo aire francés al paisaje de México, o que el indio le surge en la pintura cual si brotara del centro de la tierra. Es bien sabida la obra del niño dibujante en Guanajuato, del mozalbete de San Carlos, del viajero de España, del cubista de Montparnasse, del analista del mural de Italia, del pintor de la encáustica bizantina; se sabe que lo mismo en la falange de Picasso, que de este lado del mar, en la esplendorosa capilla de Chapingo, que lo mismo en la linde europea de los impresionistas, que acá, expresando la amontonada arquitectura de color del campo o de la mina o del trapiche, ha hecho cosas a las

que sólo puede aplicarse la desnuda frase «esto es obra del genio». De aquel que con su «empuje de selva americana» dividiera a las gentes entre asombrados devotos y enfurecidos detractores, es difícil decir ya cosa alguna que nos parezca nueva.

Pero existe, con referencia a Diego, un tema no intentado: el de estas relaciones inconscientes, lazos y coincidencias que vinculan a Diego y Guanajuato. Y no hay que tener miedo del trazo exagerado, porque ya se expresaba por Fernando Benítez que si Diego es un creador de mitos, todo el que de él se ocupe debe caer en la mitomanía.

Equilibrada en la mitad de México existe esa ciudad en cuyas finas calles alguna vez corrió el ardor de las rabias populares como ideas elocuentes que se regaran por un cerebro de sesos complicados. De ella nos dijo Rafael López con su prosa sonora: «Sólo con vocablos insignes retorcidos a manera de bronce florentinos en el fuego lírico de la oda, pueden rememorarse las pasadas grandezas y las glorias pretéritas de la ciudad heroica». Y en el patio sombrío de alguna casa, un perro de piedra sobre la parva fuente dejaba ya correr entre la jeta, desde antes de que Diego naciera, la gota inmemorial de su agua verde. En este punto la pintoresca cadena de los lazos comienza, y comienza por la



propia figura del nacido, pues si ya Frida Kahlo escribió en su *Retrato* que Diego semejaba un niño-rana, esa ciudad se llama Guanajuato porque hay en su montaña dos enormes figuras de batracios de talla misteriosa, y en la contemplación de esas formas totémicas los indios llamaron al lugar “Quanaxhuato”, que se traduce por la “Tierra de las Ranas”. Después, bautizaron al niño y lo nombraron Diego. Diego es nombre de castellano viejo y no cuadra al pintor de los murales sobre de la Conquista, pero sí convenía al infante nacido en Guanajuato, donde el aire español de las callejas todavía hoy se enriquece, en pasos y entremeses, con el oro disperso y volandero de las frases de Lope y de Cervantes. Que Diego es nombre usual en Guanajuato, nombre guanajuatense, lo prueba el hecho de que en el propio centro de la ciudad, frente al jardín minúsculo que es verde y pulido corazón urbano, ostenta su fachada barroca el templo de San Diego, lo que delata que el santo de ese nombre tuvo entre los viejos habitantes devociones y apegos. Mostrado está que, por figura y nombre, Diego es de Guanajuato.

Y después se nos va. «Sin pesar dio la espalda al muro de la roca que limitó su infancia», se ha escrito de su marcha. La ausencia ha de durar todo un hueco del tiempo en que cabe una vida. En esta ausencia Diego no piensa mucho en Guanajuato y, a decir la

verdad, tampoco Guanajuato ha reclamado premiosamente a Diego. Tal juego de doble indiferencia no es desamor, sino un fenómeno muy guanajuatense. Diego ha vivido ocupado de la obra torrencial que se quedó estampada en la grandilocuencia de los muros, sin descender a posarse jamás en tierra de su tierra. Pintó en Educación a los mineros, pero nadie recuerda haberlo visto tomando notas en el fondo abisal de las minas de Cata, de Valenciana o de Mellado. Por cualquier circunstancia, no ha pintado jamás en Guanajuato como Orozco lo hiciera allá en Jalisco. Guanajuato no lo ha nombrado nunca su hijo predilecto ni le ofreció diplomas ni llaves de ciudad, porque también ha vivido ocupada en soportar la buena carga de las evocaciones platerescas y la carga mala de sus crecientes achaques de miseria. Va viviendo lentamente su vida amasada con gestas de libertad y sordas resonancias de tragedia, vive restañándose las grietas abiertas por el tiempo, va palpando cómo se clava en carne de su historia el viejo garfio de donde pendió el cráneo santo de don Miguel Hidalgo, y a veces se inclina hacia su entraña, a la roída vena de la mina, y siente cómo en la oscuridad se le derrumban toneladas de piedra para aplastar la carne trémula de buscones y lupios. Por eso Guanajuato no ha podido preocuparse por Diego, pero, además, la ciudad y el

estado están acostumbrados a tener hijos grandes, de estatura solemne, y a dejarlos que vayan por el mundo. A veces se apellidan Alamán o Doblado, o se llaman a veces José María Luis Mora o bien Diego Rivera, para hablar de unos cuantos. En Guanajuato, que es vivero de hombres, la función del trasplante es necesaria para que el árbol crezca sintiendo moverse las ramas con las rachas más altas y sonoras del aire universal. Guanajuato no administra su espíritu conforme a recetas caseras de economía doméstica; sobre sus hijos piensa lo que un orador nuestro dijo con énfasis bien justo: «Las águilas no son de la roca en donde nacen, sino del infinito en donde vuelan». Por su despego de Guanajuato, pues, Diego es de Guanajuato.

En Europa se alista en el cubismo. Guanajuato es la ciudad más cubista que nos presenta México. En el abordaje a la perspectiva de los barrios, en el agudo punto de equilibrio entre ascenso y desplome de sus líneas, Guanajuato nos hace vivir adentro de un cubismo proyectado vivamente a sus tres dimensiones, de entrecruzadas diagonales de sombras y de luces, de rupturas de planos y tableros, de juegos de masas alternadas que dan su aspecto de nacimiento popular, de cubismo mexicano de retablo, que más que un urbanismo realizado semeja los trazos superpuestos, los

diagramas planeados, los procesos mentales combinados para experimentar su arquitectura. Todo el rigor geométrico de su etapa cubista le va a servir a Diego en la armazón interna de sus grandes murales. Para nosotros, aquí se afirma la referencia más clara de Diego y Guanajuato. Se ha escrito que los murales están ejecutados a la manera de un retablo barroco. Benítez habla de Tonantzintla; se le olvida que Diego, antes que Tonantzintla, conoció Valenciana. Se habla de los planos superpuestos del arte religioso italiano de los siglos de oro. No nos interesa discutir si en la obra gigantesca del pintor queda mayor o menor huella de las observaciones, resabio de los cuatrocientos dibujos hechos en la estancia italiana de novecientos veinte, pero sentimos por instinto que la construcción pictórica del mural está dispuesta aquí, en el escalonado ascenso del caserío en donde la aplicación del rigor del cubismo a los murales se nos revela como una senda lógica, en la sobrecarga de masas apoyadas las unas en las otras que forman el arribo del caserío hasta el cerro y que en el monte continúan sentando roca sobre roca, como estructuras majestuosas para ese gran mural de la montaña que nos cuenta la historia geológica del globo. Ante la solidez encabritada de estos lienzos de conglomerado que asaltan abruptamente al cielo, entendemos por qué



se ha dicho que en sus murales Diego padece agorafobia, repulsión al vacío, y también entendemos la frase de una certera crítica: «La visión planetaria de su tierra natal habíale persistido en el fondo de los ojos».

Es difícil pensar que un pintor de tierra llana, donde el plano horizonte humillado se oculta tras la dimensión de un matojo, pueda concebir estas ingentes acumulaciones eruptivas que se escalonan como los elementos de una *stupa* para taponar las oquedades celestes, como en el afán ascensional de un formidable goticismo. Si en la cuadrícula vertical de ciertos barrios guanajuatenses hiciéramos el experimento curioso de inscribir en el rectángulo de cada casa el diseño de una gran cabeza, el conjunto de cien cabezas, organizado por la geometría de las líneas ocultas de los cerros, presentaría, contemplado desde lejos, una relativa y curiosa analogía con la organización de los murales del Palacio Nacional o con ciertos tableros pintados en la Secretaría de Educación.

Este caserío escalonado donde las dimensiones se subordinan las unas a las otras y que hacen de Guanajuato el más complicado ejemplo de un capítulo jurídico sobre las servidumbres, nos explica lo que llamaríamos la distribución riverista de las figuras contenidas en los frescos, entre las que parece también regir un sistema de

subordinaciones y servidumbres de luz y un derecho al gozo del espacio proporcional. Así, por ejemplo, si en los frescos de Palacio se aumentara la cabeza de Vasconcelos, ésta ocultaría la figura de Madero, cosa inaceptable, y si creciera la figura de Maximiliano, se eliminaría la presencia de Juárez, lo que constituiría un verdadero desastre. Por la agregación vertical de masas sobre masas, Diego es el único artista que en las actuales relaciones entre arquitectura y pintura ha logrado enlazar tales dos expresiones estéticas sin traicionar sus esencias primordiales, o para expresarlo de manera menos radical, Diego ha logrado levantar su construcción pictórica sin que los muros que la sustentan pierdan la apariencia de solidez que por la función arquitectónica les corresponde. Se ha venido afirmando que el gran arte integral del futuro obligará a los escultores, pintores y arquitectos a relacionar toda obra estética de manera tal que sus elementos constructivos estén previstos y en la obra del arquitecto se piense ya la aplicación del mural tanto como la complementación escultórica, a la manera como aconteció en las épocas del pasado gran arte, por ejemplo en la edad gótica. Pero en nuestra actual realidad tal integralismo casi nunca se ha realizado. Los mejores murales están simplemente colocados sobre los lienzos arquitectónicos, como gigantescos carteles que

no fueron contruidos para esa función sino que corresponden a una arquitectura que no solamente usaba los muros de sostén, sino que quería que fueran vistos, sentidos como sostén de las masas superiores, a fin de dar al conjunto una solidez coherente y plena. Por otra parte, recordemos que el descubrimiento renacentista de la perspectiva permitió a la pintura simular una inexistente profundidad, usando los colores extendidos sobre un lienzo de dos dimensiones. A partir de entonces, toda pintura realizada conforme a perspectiva, cuyas líneas se fugan hacia el horizonte, miente un espacio aéreo, finge un hueco, abre una ventana. En tales condiciones, pintar un mural que incluye espacio, cielo y nubes sobre un lienzo de piedra que se construyó para ser sentido como macizo, tanto equivale como al absurdo arquitectónico de abrir una ventana en cualquier parte del edificio, dejando las masas superiores como si estuviesen posadas en el aire, disolviendo la solidez constructiva, rompiendo la concepción con que originalmente se planeó la estructura. Entonces, en esta disyunción entre el vacío que la perspectiva dibujada finge y la solidez que la arquitectura busca, se requiere un tipo de mural como estos de Diego en que una sólida, maciza integralidad amarra sus unidades de color sin vacíos, apoyando masa sobre masa como la acumula-

ción material de la montaña amarra en su unidad egregia rocales, relices y bastiones. Diego, sin debilitar la arquitectura, refuerza el muro dejándole vivo su sentido de apoyo. Las arcadas del Palacio Nacional parecen descansar el vuelo sobre la solidez de las masas pintadas en la altura extrema de los murales, como la curva de los cielos de Guanajuato, armados con placas de un denso azul profundo, parecen apoyarse en el lomo de las montañas que estíos y otoños pintan con tonos ocres, con tonos dorados, con morados matices.

Y luego, la elección de los temas. Diego ha dicho que el pintor debe buscar su asunto, porque si no sus propios métodos plásticos se transforman en tema. Un pintor de “arte puro”, dos palabras sonoras y vacías, semeja un camaleón del que se cuenta que se alimenta de aire. Pero cuando el asunto no es el tema de un cuadro sino la vertebración de toda una obra gigantesca, nos basta para mostrar las sustanciales preferencias vitales de un artista. Diego es, ante todo, un poseso por la preocupación de nuestra historia. Diego ha hecho lo que ningún pintor del mundo jamás había intentado: narrar integralmente la historia de su pueblo, y esto es una proeza de esplendorosa raíz guanajuatense. Recordemos que Benedetto Croce ha escrito un libro que llamó *La historia*

como bazaña de la libertad, para señalar a la libertad como forjadora eterna y sujeto activo en el registro de los cambios humanos. «Quienes suponen», dice Croce, «que la libertad ha desertado alguna vez del mundo, no se dan cuenta de que darla por fugada tanto nos significa como dar por muerta a la propia vida; la libertad existe, como ha vivido siempre, con acción peligrosa y combatiente.» Para aquellos que pusieron en duda que Guanajuato es ciudad ejemplar en esta aspiración a la acción libertaria que se transforma en vida peligrosa, los muros de la Alhóndiga son respuesta inmediata. En Guanajuato el Pípila no es un ejemplar raro, sino apenas el caso más notorio entre una gran legión de iguales combatientes. Cada guanajuatense siente como un pequeño Pípila rebelde que vive como quemando adentro su propia Granaditas, porque su ánima libre ni acepta esclavitud ni tolera grillete, y no es esto jactancia, como la larga lista de los héroes guanajuatenses lo comprueba. Y si el combate por la libertad se registra como acción en el tiempo, es lógico que el guanajuatense se torne un preocupado por el sentido histórico de la vida de México. Que Diego es gran soldado de la libertad nadie lo duda; es en esta actitud donde su obra adquiere su completo sentido y en los frescos, hechos frecuentemente; como en la New Worker's School, en que, con ma-

sas conmovidas, nos devuelve hasta Croce, que escribió: «Donde hay invocaciones y esperanzas y actitudes y palabras de amor y de furor que salen del pecho de los hombres, existe un movimiento de la conciencia popular en que la historia se está haciendo».

Empujada por el hervor geológico, la roca se puso en pie, en la línea vertical de la protesta. Un ímpetu de fuego señalaba ya en la edad remota el sitio de Guanajuato como lugar de rebeldías. Los cantiles de la Bufo endurecieron en el impulso levantisco, ahí donde sólo al águila, que es ave solar, se permite hacer nido entre los prismas de los riscos, dominando con su gesto altanero la domesticidad de los horizontes del Bajío. Ni la hierba ahí medra, porque el rudo espíritu del cerro no acepta dulcificarse con las temperancias bucólicas. Ahí golpea vanamente el puño de la tormenta y desmelenan el viento su cabellera encolerizada. En tal lugar y frente a tal lección de la tierra, el temperamento de los hombres está prefijado. Diego, el guanajuatense, no podía sino nacer rebelde, y cuando fustiga al Conquistador porque se alió con el explosivo y el acero para aplastar la resistencia indígena que sólo se erizaba de flechas, y cuando increpa al encomendero de todos los tiempos porque descarga sobre los inermes la infamia de los latigazos, y cuando señala cómo en la hoguera de la guerra de



clases arde la carne de los negros como un nuevo y trágico carbón, Diego no hace sino ponerse de pie, como lo están los basaltos que dan a Guanajuato su vigilancia tutelar.

Cuando Diego, al regresar de Europa, se plantea el problema de entender el sentido de la vida de México, su certera visión se hunde hasta la raíz, penetra hasta el subsuelo de la historia por conocer los manantiales de su sangre profunda, y en esa oscura profundidad ensordecida se encuentra con el indio. Esta penetración es semejante a la de aquel que al borde del gran tiro de Rayas abandona la jubilosa luz, monta en el malacate y desciende seiscientos metros en la sima porfunda, para encontrar abajo la carne dolorosa del indio barretero. Diego bajó a la mina de la historia de México. Muy por debajo de este entrecruzamiento de las calles, hilván de direcciones indecisas que convergen al templo como si buscaran la moneda de plata de la luna que algunas noches ofrecen los dedos negros de los campanarios, muy por debajo de las salas de las casonas viejas, que en épocas de remota bonanza brillaron atestadas de espejos, libreas y candelabros, vive la oscura legión de los hombres que forman el verdadero Guanajuato. Valenciana apoyaba primordialmente el esplendor de México y sola producía la cuarta parte de la riqueza que circulaba

en el mundo; mas tal chorro de plata ya costaba allá abajo la vida y el dolor de los mineros indios. Desde entonces, toda la vida nacional hierve y se mueve en los tableros pintorescos de nuestra historia patria, cuajados de actitudes y uniformes, gastando la riqueza que se torna en explotación o que rara vez se vuelve faena constructiva; pero, como en los murales de Rivera, todo este torbellino luminoso gravita sobre la carne oscura de los que aquí sí con razón perfecta podemos llamar por siempre “los de abajo”; los que abajo han perdido la luz de Tonatiuh; los que a cada golpe de barra con que horadan la roca penetran un centímetro en la dureza de los siglos; los que siempre sufren la inundación repentina, la explosión del barreno o el derrumbe brutal, cuando la mina, ya tan vieja y roída, se niega a esperar más.

Al “niño inmenso” a que se refiriera Frida Kahlo le gusta caminar, en el retrato del Hotel del Prado, llevado por la mano de la Calavera Catrina de Posada. Es ésta una indudable referencia al hábito que el mexicano tiene de tratar a la muerte con una cercanía que no entenderán nunca las gentes de otros pueblos. Ya se sabe que es ésta una proyección de la actitud remota del indígena, que gozoso buscó la muerte de la guerra florida y que clavó cien mil calaveras en aquel *tzompantli* del gran templo mayor que los

hispanos derribaron a su entrada en la Tenochtitlán. Pero en Guanajuato la vivencia de la muerte, valga la expresión, no es resultado de un remoto eco histórico, sino dato que encarna la diaria realidad de la vida. Desde que era muy niña, desde que las cañadas de sus cerros aún vírgenes sólo guardaban las culebrillas y animales que en el retrato se le salen de la bolsa a Diego, la ciudad se acostumbró a vivir conducida por la mano de la muerte. Todos los años, los meses y los días, allá abajo la muerte se acerca familiarmente a alguno, sonriendo con el gesto de la Calavera Catrina de Posada. Los mineros no le temieron nunca: la sienten inmediata, se encogen de hombros y la esperan. «Ya me estoy madurando», dice muy llanamente el silicoso cuando sabe que, paso a paso, la muerte se le acerca.

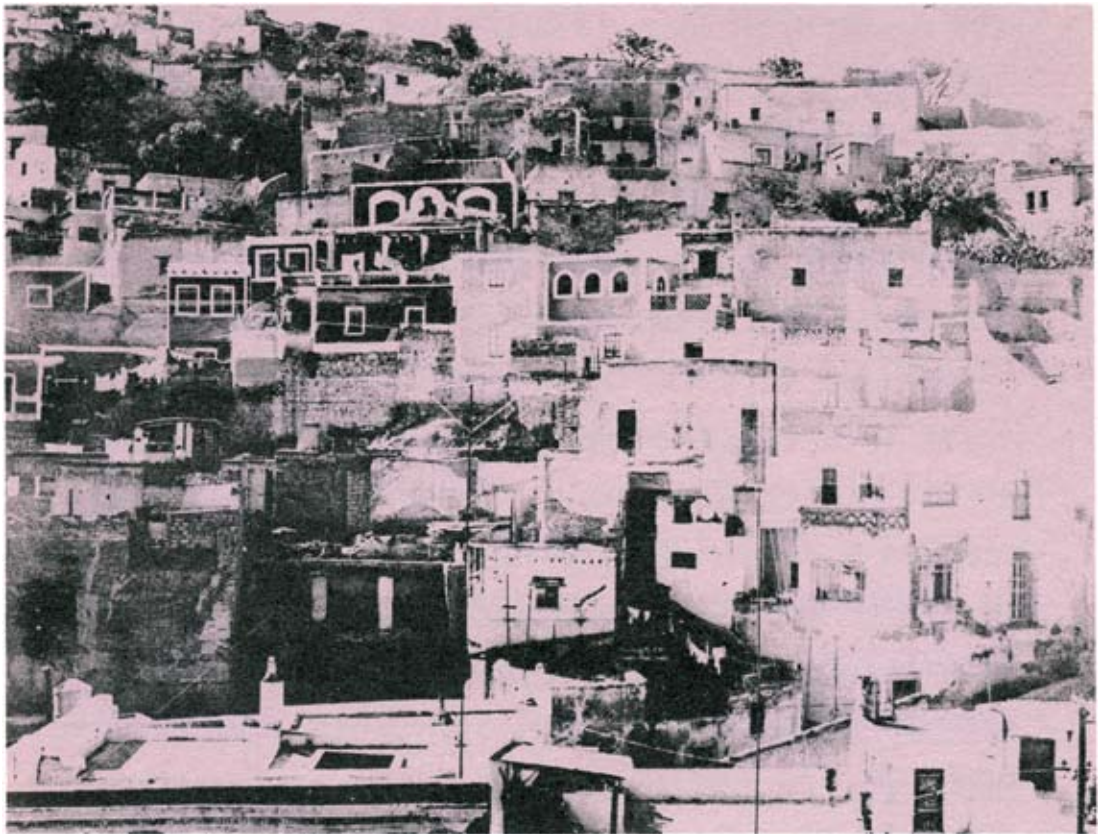
Recordemos los muros de Rivera. En la línea sinuosa del único gran plano, a veinte centímetros los unos de los otros, conviven seres a quienes en la vida el tiempo separó con cincuenta o cien años. Recorramos ahora Guanajuato. En la serpiente de su gran calle larga, el turista escucha que le informan: «Esta casa aloja a Maximiliano»; «Aquí nace Alamán»; «Ésta es la casa de Bernardo Chico»; «Aquí visita Hidalgo al intendente Riaño»; «Tras de aquella ventana trabaja don Benito»; «Vive aquí la familia de don Sóstenes

Rocha; más acá la familia de Casimiro Chowell»; «Ésta es la casa de Florencio Antillón». Y el turista entiende que se le habla de vecinos que viven juntos en la misma temporada. Guanajuato, como los muros de Rivera, parece compendiar en la acción de un momento único todo el lento correr de la historia en el tiempo. Cuando, por orden de Maximiliano, Granaditas se convierte en prisión, los reclusos, sentados en los altos pretils, esperando que se les notificaran sus autos de soltura, apoyaban familiarmente el pie en los garfios de donde colgaron las sagradas cabezas de los mártires. En Guanajuato, como en los murales, los héroes se sienten vivos e inmediatos, como si fueran nuestros parientes más cercanos.

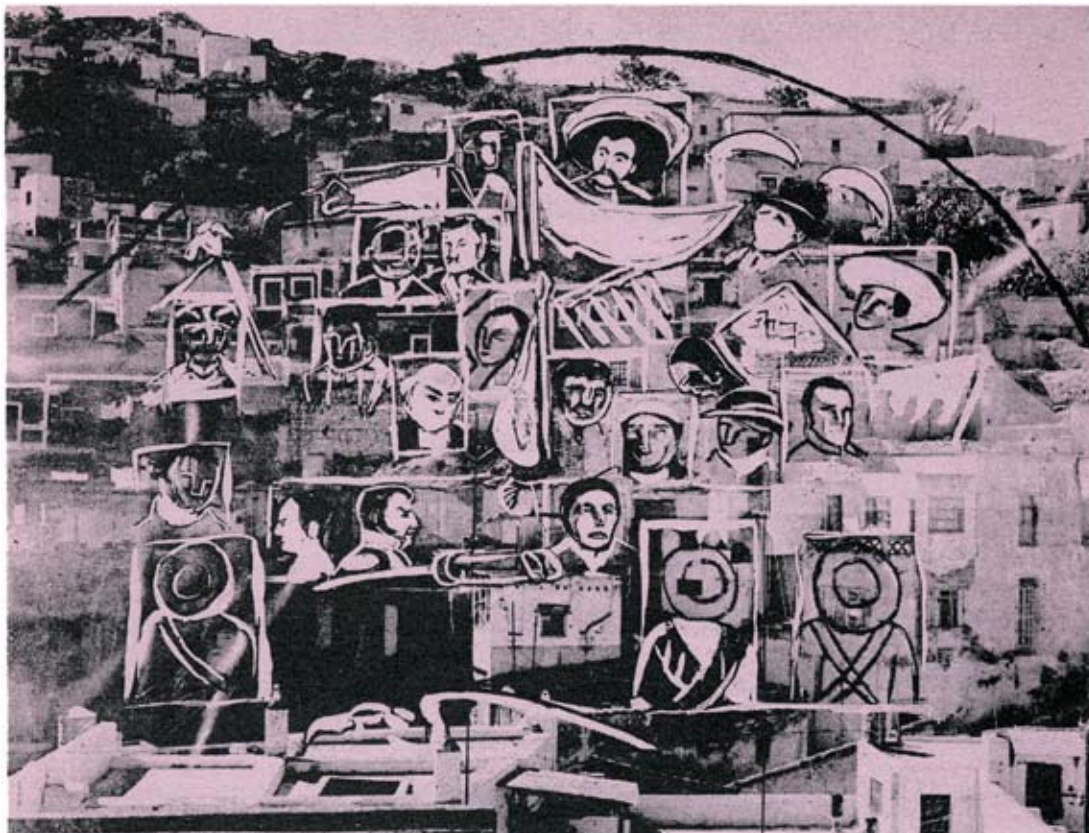
Y entre el trabajo de su obra monumental, la fertilidad de Diego produce cientos de pequeñas obras, trazos de fácil giro que con una sola línea encierran alguna observación simplificada hermosamente. Los viajeros inteligentes compran sus reproducciones, queriendo guardar una huella de la mano maestra. Las mismas duras manos de los barreteros que han sido capaces de tallar a cincel los tiros más hermosos del mundo, a veces pegando cristallillos de cuarzo, ejecutan minúsculas reproducciones de sus trágicas labores subterráneas. Los turistas las compran creyendo llevarse

una imagen de la mina formidable. No cabe duda de que el pueblo de México equilibra maravillosamente lo grande y lo pequeño. Ya los aztecas decoraban las formidables tallas monolíticas, pegándoles colgaduras y adornos de papel. El papel y la piedra, dos símbolos de dos contrapuestos universos, increíblemente aliados. Y es que tiene un doble oriente el genio de todo mexicano capaz, alguien ha dicho, de acumular piedras y levantar pirámides y catedrales altas como montañas y mostrar al mismo tiempo con una lupa, en la sombra del atrio, el arte absurdo de vestir a las pulgas.

Diego, el niño inmenso, el grande de la pintura mexicana, por figura y por nombre, por espíritu y obra, rebelde, luchador y fabuloso, Diego es de Guanajuato, donde, volvemos a la egregia prosa del guanajuatense Rafael López: «Los más claros días de la infancia se quedaron extraviados como ovejas en los desfiladeros de las montañas que subrayaban el horizonte familiar con sus arquitecturas salvajes».



Vista parcial de un barrio guanajuatense frontero a la casa en que nació el pintor Diego Rivera.



Si en la cuadrícula de ciertos barrios guanajuatenses hiciéramos el curioso experimento de inscribir en la fachada de cada casa, según sus proporciones, el diseño de una gran cabeza a semejanza de las pintadas por Diego...



... y luego elimináramos el caserío para dejar el dibujo aislado,
el conjunto presentaría, contemplado desde lejos...



...una curiosa semejanza con la estructura de algunos murales
pintados en el Palacio Nacional.

EDICIONES LA RANA

Autores de Guanajuato

1. *Poesía completa*. Esperanza Zambrano
2. *La luz de México*. Cristina Pacheco
3. *Historia de Méjico (Antología)*. Lucas Alamán
4. *Ojos de papel volando*. María Luisa Mendoza
5. *El habla del ángel*. Demetrio Vázquez Apolinar
6. *El tren de fuego*. Francisco Azuela
7. *La pared en la ventana*. Gabriel Márquez de Anda
8. *Límites interiores*. Gerardo Sánchez
9. *La noche del Coecillo*. Alejandro García
10. *Libertad religiosa y progreso moral*. Alberto Ruiz Gaytán
11. *Amor de arena*. Jorge Olmos Fuentes
12. *Los límites de la modernidad*. Luis Cervantes Jáuregui
13. *Cuerpo en su sabor de labios*. Eugenio Mancera
14. *A través del silencio*. Rolando Álvarez
15. *Álbum musical*. Juventino Rosas
16. *El cielo en el abismo*. Édgard Cardoza Bravo
17. *Hábitos de humano*. Juan Manuel Ramírez Palomares
18. *Son las cien de la tarde (Constelación boreal)*. Nueva versión de *El maldicionero*. Francisco Azuela
19. *Circuitos raros*. Ariel Muniz Cabral
20. *La elegía del amor*. José Cárdenas Peña
21. *Concurso de cuento Efrén Hernández. I-VI edición*. Varios autores
22. *Secuencias del amar*. Carlos Antonio Barreiro Jáuregui
23. *Al declinar otro milenio*. Ernesto Scheffler Vogel
24. *Sobre las montañas y muy lejos*. León Fernando Alvarado
25. *La flor al fuego*. José Ignacio Maldonado
26. *Paseante solitario*. Benjamín Valdivia
27. *Mustafá y otras presencias*. Enrique Pacheco Rubio
28. *Las noches del Vampiro*. Pedro Vázquez Nieto
29. *La casa mayor*. Enrique Pacheco Rubio
30. *Cuadernos de repaso*. Gerardo Sánchez
31. *Veleidades de Numa Fernández al caer la tarde*. Benjamín Valdivia
32. *La noche en Lisboa*. Eugenio Partida
33. *Premio de Poesía Efraín Huerta. Concursos V-IX*. Varios autores

34. *Naguales*. Rolando Rosas Galicia
35. *Vino de mujer y La furia de la rutina*. Luis Armenta Malpica y Ramón Betancourt
36. *El demonio de la simetría*. Felipe Viterbo
37. *Poemas y relatos*. Matilde Rangel
38. *El verde silencio de las iguanas*. Roberto H. Dueñas
39. *Once cuentos*. Eugenio Trueba
40. *Alondra de ojos en las alas*. Gabriel Velasco
41. *Fábula para los cuervos y Noche de ronda*. Estrella del Valle y Jorge F. Hernández
42. *Tan cerca de ti todos estos años*. León Fernando Alvarado
43. *La tentación de Orfeo. Antología poética*. Becarios del Instituto Estatal de la Cultura
44. *Palabras germinales. Antología de narrativa*. Becarios del Instituto Estatal de la Cultura
45. *Amores enormes*. Pedro Ángel Palou
46. *Fervor de Santa Teresa*. Jaime Muñoz Vargas
47. *Lo mismo en pan y floy y Así ningún hombre vuelve*. Patricia Medina y Jaime Mendoza Jiménez
48. *Tormenta*. Mauricio Carrera
49. *Volverás al odio*. Diego José
50. *Prefiero el insomnio*. Hugo Rosell

Nuestra Cultura

1. *Segundo Coloquio Cervantino Internacional*. Varios autores
2. *Tercer Coloquio Cervantino Internacional*. Varios autores
3. *Diego Rivera en San Francisco. Una historia artística y documental*. Elizabeth Fuentes Rojas
4. *Cuarto Coloquio Cervantino Internacional*. Varios autores
5. *Locuras inglesas*. Oswaldo Díaz Ruanova
6. *El final del porfirismo en Guanajuato. Élite en la crisis final. Septiembre de 1910-junio de 1911*. Francisco Javier Meyer Cosío
7. *Un larguísimo adiós interminable*. Roberto H. Dueñas
8. *Las efemérides de Yuriria*. J. Jesús Guzmán Cíntora
9. *El país de las siete luminarias. Antología literaria de Guanajuato*. Benjamín Valdivia, selección, introducción y notas
10. *Los días cubanos de Juventino Rosas*. Hugo Barreiro Lastra
11. *Una historia sin nombre*. Jules Barbey d'Aurevilly; Nicole Vaïsse, traducción
12. *Las fabriqueñas del Bajío (Industria cigarrera, Irapuato y sus obreras, 1910-1940)*. María García Acosta
13. *Celaya: sus raíces africanas*. Mónica Gálvez
14. *La cultura popular de Guanajuato*, 2a. ed. Lilian Scheffler
15. *Relato histórico de Guanajuato. Aurora Jáuregui de Cervantes*
16. *Hermenegildo Bustos. Su vida y su obra*. Pascual Aceves Barajas
17. *Narraciones chichimeca-jonaces*. Varios autores
18. *Corazón a la intemperie (Ensayo múltiple sobre José Alfredo Jiménez)*. Armando Gómez Villalpando

19. *León entre dos inundaciones*. María de la Cruz Labarthe Ríos
20. *Las otras guerras de México*. Angela Tucker Thompson
21. *Libro de cuentos*. F. Guadalupe Martínez V.
22. *Los marqueses de Rayas*. Aurora Jáuregui de Cervantes
23. *Una tradición de mi pueblo. Concursos IV y V*. Varios autores
24. *El movimiento revolucionario en Guanajuato, 1910-1913*. Mónica Blanco
25. *Guanajuato, minería, comercio y poder*. José Tomás Falcón Gutiérrez
26. *Compendio lexicográfico de los alimentos en Guanajuato*. Norma Rosas Mayén y Manuel Apodaca
27. *Leal informe político-legal*. Manuel José Domínguez de la Fuente
28. *Una tradición de mi pueblo. Concursos VI y VII*. Varios autores
29. *Fiesta y tradición en San Miguel de Allende*. Beatriz Cervantes y Ana María Crespo
30. *Ramón Alcazar: Una aproximación a las élites del Porfiriato*. César Federico Macías Cervantes
31. *Un científico del porfiriato guanajuatense: Vicente Fernández Rodríguez*. Aurora Jáuregui de Cervantes
32. *El refrán, su estructura y su sabiduría*. Teresa Betancourt y Ana María López
33. *La participación del gobierno del estado de Guanajuato en el movimiento decembrista de 1876*. Miguel Ángel Guzmán López
34. *Testimonios sobre Guanajuato*, 2a. ed. Isauro Rionda Arreguín, comp.
35. *Geografía local del estado de Guanajuato*. Pedro González
36. *Digo yo como mujer, Catalina D'Erzell*. Olga Martha Peña Doria
37. *Guanajuato diverso: Sabores y sinsabores de su ser mestizo*. María Guevara Sanginés
38. *Una hacienda y cinco fincas de Guanajuato. Un recorrido histórico*. Aurora Jáuregui de Cervantes
39. *Índice catalográfico de la Biblioteca Colegio de San Pablo. Anotado y comentado*. José Luis Lara Valdés
40. *Una tradición de mi pueblo. Concurso VIII*. Varios autores
41. *Apuntes históricos de la ciudad de Dolores Hidalgo*. Pedro González
42. *Una tradición de mi pueblo. Concurso IX*. Varios autores
43. *Imágenes de Guanajuato en el tiempo*. Luis Rionda Arreguín
44. *De vetas, valles y veredas. La región económica guanajuatense entre 1730 y 1918*. Rosalía Agui-Har Zamora y Rosa Ma. Sánchez de Tagle
45. *Ponciano Aguilar y su circunstancia*. Aurora Jáuregui de Cervantes
46. *La Compañía de Jesús en Guanajuato. Política, arte y sociedad*. María Guevara Sanginés *et al.*
47. *El nacionalismo de Lucas Alamán*, 2a. ed. Lourdes Quintanilla.

Artistas de Guanajuato

1. *El oficio del tiempo*. Fotografías, Gustavo López; Benjamín Valdivia, ensayo
2. *Luis García Guerrero*. Pinturas, Luis García Guerrero; Sergio Pitol, ensayo
3. *El paisaje de Jesús Gallardo*. Pinturas, Jesús Gallardo; José de Santiago Silva, ensayo

4. *Jesús Martínez*. Grabados, dibujos y pinturas, Jesús Martínez; Gutierre Aceves, ensayo
5. *Atotonilco*. Ensayo histórico-plástico, José de Santiago Silva
6. *John Nevin*. Pinturas, John Nevin
7. *Enrique Bessonart*. Pinturas, Enrique Bessonart; Jesús Martínez, ensayo
8. *Olga Costa*. Pinturas, Olga Costa; Sergio Pitol, ensayo
9. *Cómo se pinta un mural*. Ensayo técnico-plástico, David Alfaro Siqueiros
10. *Romualdo García, un fotógrafo, una ciudad, una época*. Fotografías, Romualdo García; Claudia Canales, ensayo
11. *Hermenegildo Bustos, pintor del pueblo*. Pinturas, Hermenegildo Bustos; Raquel Tibol, ensayo
12. *Feliciano Peña, de la honradez y el arraigo profesional*. Pinturas, Feliciano Peña; Raquel Tibol, ensayo
13. *Diego Rivera: Luz de Guanajuato*. Pinturas, Diego Rivera; Dionicio Morales, ensayo
14. *José Chávez Morado. Vida, obra y circunstancias*. Pinturas, José Chávez Morado; José de Santiago Silva, ensayo
15. *Enrique Jolly, escultor*. Escultura, Enrique Jolly; Jesús Martínez, ensayo
16. *José Julio Rodríguez, grabador*. Grabados, José Julio Rodríguez; Jesús Martínez, ensayo

Obras de Emilio Uranga

1. *Astucias literarias*
2. *¿De quién es la filosofía?*
3. *Ensayos*

Biblioteca Montaigne

1. *El camino del fuego*. Benjamín Valdivia
2. *México ficticio*, 5 v. Luis Fernando Brehm Carstensen

De Guanajuato al Mundo

1. *Antología poética de Víctor Sandoval*. Víctor Sandoval
2. *La Edad de Oro*. José Martí
3. *De varia España. Antología poética*. Manuel Quiroga Clérigo, comp.
4. *El ojo teatral. 19 lecturas ociosas*. Guillermo Schmidhuber de la Mora
5. *De vario México. Antología poética*. Benjamín Valdivia y Demetrio Vázquez Apolinar, comp.
6. *Miradas de luz. Testimonios del paso de las mujeres por el siglo*. Fotografías; varios autores
7. *El laberinto del mal*. Carlos Gracia López de la Cuadra
8. *El Quijote para jóvenes*. Felipe Garrido

9. *Cerámica de Guanajuato*. Carlos Castañeda, Patricia Fournier y Lourdes Mondragón

Crónica Popular

1. *Allá tú si me olvidas*. Jorge Federico Rábago Virgen
2. *La insurrección de 1810 en el estado de Guanajuato*. Fulgencio Vargas
3. *Testimonios sobre el maguey y el pulque*. José Antonio Martínez Álvarez

Tercer Milenio

1. *Historia de la literatura guanajuatense*. Benjamín Valdivia, inv.
2. *La música en Guanajuato*. Ignacio Alcocer, inv.
3. *El teatro en Guanajuato*. Nazaret y Salvador Estrada, inv.
4. *Las artes plásticas en Guanajuato*. Julia Valdés, coord.
5. *Filosofía y política*. Hilda Anchondo, Enrique Avilés y Aureliano Ortega, inv.

Barcos de Papel

1. *Poemas para leer con los niños*. José Rizo
2. *Espalufina y el Biblosaurio*. Sheherazade Bigdallí
3. *Cuentos en el viento*. Leticia Alba Rivera, compiladora
4. *Cuentos y poemas para niños*. José Rizo
5. *Lecturas y creatividad*. Varios autores
6. *Cazadores de fantasmas*. José Rizo
7. *La ventana de los sueños y Alas de papel, cuentos*. Bernardo Govea Vázquez y José Guadalupe Sánchez González

Arquitectura de la Fe

1. *El templo parroquial de Santa Fe. Programas iconográficos del siglo XVIII de Guanajuato*. Luis Serrano Espinoza
2. *San Diego. El templo conventual de San Pedro de Alcántara*. Luis Serrano Espinoza

Artes y oficios

1. *Método de dibujo. Tradición, resurgimiento y evolución del arte mexicano*. Adolfo Best Maugard. Con el disco compacto *El método de dibujo de Adolfo Best Maugard adaptado a la computadora por James Metcalf*
2. *Las diversas artes. Tratado medieval sobre pintura, trabajo en vidrio y metalistería*. Teófilo; José Manuel Villalaz, traducción
3. *Temple, transferencia y mezzotinta. De lo tradicional a lo contemporáneo en la gráfica*. Francisco Patlán

Documentos del Archivo General del Estado

Venerables restos. Claudia María Herbert Chico y Susana Margarita Rodríguez Betancourt, compilación y paleografías

Fuera de colección

Alfredo Dugès. Varios autores

El instante de Emilio Uranga. Varios autores

Instalación del II Tribunal Colegiado del XVI Circuito

Museo Iconográfico del Quijote. Segundo aniversario. 1987-1989. Varios autores

José Aguilar y Maya. In memoriam

Biblioteca Dr. Emilio Uranga, 2a. ed. Varios autores

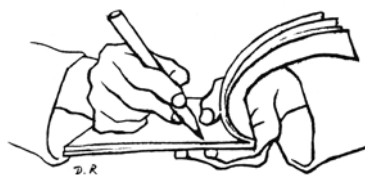
Teatro Juárez. Varios autores

Haciendas de Guanajuato. Isauro Rionda Arreguín

IX Bienal Nacional Diego Rivera de Dibujo y Estampa, 2000-2001. Varios autores

Gallardo. 20 reproducciones de su obra. Caja de arte, Jesús Gallardo (coedición con la Universidad de Guanajuato)

Un monumento al poder. Obra cumbre del arquitecto Luis Long. Salvador Covarrubias Alcocer



Diego de Guanajuato se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos del Gobierno del Estado de Guanajuato en abril de 2003. La edición estuvo al cuidado de Margarita Godínez, E. Tonatiuh Mendoza E. y Arturo Joel Padilla Urenda. El tiraje fue de 2 000 ejemplares.

Prohibida su venta
Prohibida su venta
Prohibida su venta



EDICIONES LA RANA